

Intelectuales y antitotalitarismo

El profesor e investigador Antonio Pasquali nos recuerda el papel del intelectual, como pensador y productor de conocimiento, ante la presencia del espíritu hegemónico que encarna el autócrata convertido, por propia significación, en totalitario. Frente a esa presencia el intelectual tiene un compromiso sociopolítico de denuncia y de resistencia cultural. El ensayo, que formará parte de un libro pronto a salir: Comunicación mundo, cabos sueltos, está escrito pensando en el país y las urgencias que se viven en esta Venezuela-hoy.

■ ANTONIO PASQUALI

El análisis del discurso intelectual como fuente de resistencia cultural —hoy de capital importancia en más de un país— excluye de entrada, como gnoseología o método utilizables, cualquier recurso al pensamiento mítico, aquel que busca arquetipos de perfección en el pasado. Raras veces llega la salvación de afuera o del pasado; la historia no siempre es maestra de vida. *Noli foras ire, in te redi, in interiori homine habitat veritas*, recomendaba San Agustín: *no vayas afuera, regresa en ti, en el interior del hombre habita la verdad*. En materia de intelectuales y de su lucha contra el despotismo, lo anterior adquiere casi la dimensión de una norma; en el bazar de la historia hay para todos los gustos, y es hasta posible y probable que en cuestiones morales y políticas los intelectuales no seamos más virtuosos o arrojados que los metalmecánicos o los obreros de la construcción. Intelectuales hubo que lucharon y hasta se inmolaron en defensa de grandes principios, otros que se adaptaron para sobrevivir, y otros más abrazaron el oscurantismo. Figuras como Sartre, Mann, Neruda, Hemingway, Horkheimer o Chaplin comprometieron su obra con la libertad y la solidaridad; Fucik fue fusilado por los nazis, Hernández murió en calabozo franquista, Gramsci en un hospital tras largos años de cárcel, Jara acribillado en el estadio de Santiago. Pero Brasillac fue fusilado y Gentile asesinado por ser fascistas, y Ezra Pound murió de las secuelas de doce años de psiquiátrico por la misma razón; figuras como Sacha Guitry, Maurice Chevalier o Charles Trenet, colaboracionistas, se salvaron de correr la misma suerte. Heidegger y Berthold Brecht, cada uno a su manera, bailaron en

la cuerda floja, Prokofiev entró y salió del soviét, Marañón salió y volvió a entrar al franquismo. También los hubo anonadados en alma y cuerpo por coyunturas que consideraron aporéticas y sobrecogedoras, como Unamuno entre fascismo y república, o como aquel Shostakóvich que escribe una de sus mejores y más enigmáticas obras, la *Quinta*, bajo la terrible presión del censor soviético. Otros, con un demás de humana fragilidad como Mayakowski y Benjamin, prefirieron suicidarse.

A la hora de la exigencia y el compromiso cada intelectual está solo, con su personal carga axiológica, frente a su propio entorno histórico que siempre es incomparable, irrepetible y sin precedentes; una “circunstancia” única, en vocabulario de Ortega y Gasset. Puede mirar, eso sí, hacia la ya coagulada historia o el meónico porvenir en procura de principios, enseñanzas, argumentos, indicaciones, anhelos y justificativos, e incluso hacia el entorno presencial en pos de aliados, cohesión y masa crítica. Su vivencia es comunicable. Pero las decisiones comportamentales y públicas que adopte en el terreno del compromiso sociopolítico las tomará desde su propia mismidad, donde yacen sus más profundos vínculos con este o aquel principio, su grado de lucidez, el almacén de sus valores, sus ímpetus voluntaristas de baja, alta o ninguna intensidad.

Pese a su “estar a solas” con su espíritu, el intelectual, el artista, el educador, el pensador, el sacerdote, el científico, el comunicador, genéricamente hablando el líder de opinión, saben empero, cada uno desde su propio nivel de credibilidad, que sus pronunciamientos y su praxis siempre

tienen un efecto demostración; saben que en razón de su oficio ellos pueden ser más líderes de opinión que muchos políticos, que su decir y hacer se volverán para tantos otros un referente conceptual y práctico. Es en esta difícil dialéctica del solipsismo moral y de la alteridad política donde cada intelectual se juega su rol de modelo para alguien. No se puede exigir impunemente a ningún pensador, como hacen los masificadores totalitarismos políticos y económicos, que uniforme u homogeneice su liderazgo de opinión al servicio de ideologías o crematísticas específicas; ningún pensador debe perder la conciencia de que ejerce tal liderazgo, siempre y *malgré lui*, dentro, al margen, fuera o contra algún sistema, y esto hace que a todos ellos sea lícito imputar una cuota parte de responsabilidad político-moral, y preguntarles por su compromiso con el devenir del grupo social al que pertenecen. La historia crea incluso circunstancias excepcionales en las que el intelectual es como emplazado por una suerte de super-deber o súbito imperativo exógeno al pronunciamiento y la praxis ejemplares. Sucede más particularmente – ampliando y modulando una intuición de Hannah Arendt– cuando el público calla frente al monólogo del Estado, o cuando es masificado y enmudecido por algún *Big Brother*, dos maneras filogenéticamente emparentadas, totalitarias o mercantiles, de inducir un mismo silencio. Es ante esa mudez pública inducida cuando el intelectual *debe* hablar. Y su decir incondicionado debe ayudar a mantener en fermentación categorías, conceptos, criterios, memorias y datos interpretativos de la realidad que los grandes silenciadores desaparecen, esterilizan o desfiguran (como lo hacía Stalin, en las fotos oficiales, con las imágenes de los jefes caídos en desgracia) para imponer sus monolíticas verdades; debe reintroducir en el cuerpo social la necesidad de más panorámicas y apolíneas visiones de lo real para contrarrestar tanta superficial y dionisiaca reseña mediática de lo cotidiano; debe guardar vivo el principio de la esperanza, la fidelidad a valores irrenunciables



Es ante esa mudez pública inducida cuando el intelectual debe hablar. Y su decir incondicionado debe ayudar a mantener en fermentación categorías, conceptos, criterios, memorias y datos interpretativos de la realidad que los grandes silenciadores desaparecen, esterilizan o desfiguran

y no-negociables, y anunciar su palingenesia tras el derrumbe de un presente que debe ayudar a negar.

Unicidad, mismidad, deber de lucidez, liderazgo moral: el intelectual que no pretenda mutar en hombre de acción transformando su liderazgo de opinión en liderazgo político, no podrá referirse a la resistencia cultural frente a los abusos de posición dominante sino a título personal. Quien escribe abandona pues en esta ojalá que única circunstancia su siempre obedecido imperativo de no emplear nunca el pronombre “yo”, y pasa a hablar en primera persona de su personal compromiso frente a la problemática político-cultural de su país Venezuela.

Ignoro cuán ejemplar pueda ser este testimonio personal, no tengo otro. La República vive en estos momentos un indeseado proceso de involución hacia una variante rústica, confusa y *demodée* del comunismo, grotescamente contradictoria con su nivel de desarrollo y generación de riqueza, resucitadora de peligrosos resentimientos y polarizaciones sociales que se creían superados y piloteada por un militar autócrata ducho en practicar formas sofisticadas del gradualismo el cual, por pri-

mera vez en la historia del país, instrumentaliza sistemáticamente la Educación, la Cultura y la Comunicación como fuertes soportes ideológicos de su proyecto hegemónico. Este proceso representa una brutal e innecesaria cesura en cuatro décadas de exitoso auto-aprendizaje de la Democracia, un salto atrás hacia formas de gobierno ya sentenciadas a muerte por la historia, que nos están imponiendo –contra una voluntad mayoritaria varias veces expresada en las urnas– un manípulo de iluminados, resentidos y ávidos de poder y riquezas cuyo delirio ideológico, bajo cociente intelectual, altísima corrupción y abismal incompetencia le están impidiendo a Venezuela subirse al tal vez último tren de la modernidad y el bienestar. Un manípulo de militares, ex guerrilleros y encapuchados que ha concentrado todos los poderes ejecutivos, legislativos y judiciales en la persona del Presidente, un ex teniente coronel, poderosamente armado y amenazante, ayudado por más de sesenta mil cubanos castristas traídos al país, con ingresos petroleros y no petroleros a las arcas públicas de más de mil millones de dólares en menos de doce años, una peligrosa diplomacia de alianzas con Cuba, Libia, Bielorrusia, China, Vietnam, Irán y Siria y una violencia interna –muy alimentada por el incesante discurso presidencial del odio a “la burguesía escuálida, apátrida y vendida a la Cia”– que ha convertido a Venezuela en el país más violento del mundo, con más de quince mil asesinatos al año. Sin ser psiquiatra, me atrevo a afirmar que el país está serio y nada metafóricamente enfermo de Chávez quien –como ya se ha dicho del castroismo– le está infligiendo a Venezuela un profundo daño antropológico por intoxicación ideológica, exasperación de viejos resentimientos sociales y de clase, y desfiguración de la ancestral moral social del país. De su paso huracanado por la historia, de estos años perdidos, sólo nos quedarán ranchos por instituciones, armas inútiles, pacotilla jurídica, inseguridad de bajos fondos, alianzas peligrosas, montañas de chatarra tecnológica no apta, incompatible y de baja calidad, tal vez un

cuarto de millón de jóvenes asesinados y un desastre moral generalizado del que costará reponerse.

Conceptualmente hablando, me considero seguidor de Nicolai Hartmann, de su especial sensibilidad por la moral a futuro, por nuestros deberes sin recompensa hacia los descendientes y las generaciones que vendrán. Esto me ha llevado a ocuparme menos de búsquedas arqueológicas y más de visiones prospectivas, a ocuparme del porvenir de mis descendientes más que por llenar álbumes de viejas fotos. He dedicado lo grueso de mi vida al intento de explicar a mis contemporáneos qué es Comunicación, sus implicaciones socio-políticas y culturales, lo que pensé hacer hasta el final. La “circunstancia” me obligó a modificar parcialmente esos planes de vida, a dedicar una parte importante de ésta a contrarrestar el peligro totalitario del proyecto chavista y a luchar con armas legítimas, en terrenos de mi competencia, contra ese intento antidemocrático y anti-pluralista que haría de la vida de nuestros descendientes, si triunfara, un infierno tipo cubano, coreano del norte o cambodgiano. Nuestra sociedad, hoy agobiada por una mensajería ideológica más aplastante y peligrosa de la comercial que le atosigó la vida durante decenios, anda en búsqueda de puntos de referencia, de criterios interpretativos no condicionados ni por el mercado ni por la ideología oficial. Quienes conservamos el privilegio de poder emitir mensajes tenemos el deber de proporcionárselos.

Me ha tocado vivido intensamente, en ocasiones entre los protagonistas, la vida cultural y comunicacional del país del medio siglo recién transcurrido. Entre 1936 y 1966, fecha de creación del *Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes INCIBA*, la cultura nacional estaba reducida a la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, en que un director y una secretaria administraban, desde una oficina de quince metros cuadrados, un presupuesto que en sus mejores momentos llegó al millón de bolívares anuales, justo para que sobreviviera la *Orquesta Sinfónica Venezuela* y se publicara mensualmente la *Revista Nacional de Cultura*. La totalidad del ya relevante aparato institucional, infraestructural y jurídico con que hoy cuenta la cultura nacional, y de cuya renta vive por cierto el régimen actual, fue obra de los cuarenta años de democracia de que disfrutó el país, del *INCIBA primero y del Consejo Nacional de la Cultura CONAC a partir de 1975*: desde



La totalidad del ya relevante aparato institucional, infraestructural y jurídico con que hoy cuenta la cultura nacional, y de cuya renta vive por cierto el régimen actual, fue obra de los cuarenta años de democracia de que disfrutó el país, del INCIBA primero y del Consejo Nacional de la Cultura CONAC a partir de 1975

la gran *Biblioteca Nacional* de la Plaza del Panteón al *Teatro Teresa Carreño*, uno de los más hermosos del mundo, desde el *Ateneo de Caracas* al *Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos CELARG*, desde las *Leyes de Cine, Patrimonio Cultural, Derecho de Autor, Depósito Legal y Fomento Artesanal* a la red de museos viejos y nuevos, desde *Monte Avila Editores* o el *Instituto de Etnomusicología* a la explosión de las hoy mundialmente conocidas *Orquestas Juveniles*, el intento de convertir el *Canal 8* en gran servicio público o el fallido *Proyecto RATELVE* que pretendía dotar al país de una gran Radiotelevisión pública no-gubernamental. No todo marchó sobre rieles, siempre faltó dinero, hubo lentitudes culposas y enemigos taimados, pero fue una labor titánica en gran parte realizada y entregada al país. Siento el deber de recordar, en estos momentos oscuros, la figura de uno de los principales motores de la modernización cultural de la Venezuela democrática, Juan Liscano, un poeta y antropólogo que había salvado de la desaparición el acervo musical de la zona barloventeña, traído al país la moda de las ediciones millonarias a ínfimo precio, ayudado a desenclavar la Colonia Tovar, el primero en ver el potencial del proyecto musical de Antonio Abreu de las Orquestas Juveniles y de los pocos, con Agustín Catalá, que se la jugó con un texto anti-perezjimenista que publicó en 1956 *Les Temps Modernes* que dirigía Sartre. Para llevar adelante su labor de rescate de lo autóctono y de fundaciones institucionales, Liscano no ne-

cesitó ni la mascarada ideológica ni el liberticidio de sus actuales y enanos epígonos. Corrían los años del primer mandato presidencial del recién fallecido Carlos Andrés Pérez, un político que un par de años después, presionado por el entonces poderoso lobby de los radio-teledifusores privados, archivaría la mejor idea salida del recién nacido Consejo Nacional de la Cultura, el *Proyecto RATELVE* por una Radiotelevisión Pública Nacional. Pero en octubre de 1974, cuando al concluir las labores de la Comisión Organizadora del CONAC que presidiera, Liscano subió a Miraflores para una decisión final: Consejo o Ministerio, Carlos Andrés Pérez le contestó textualmente: “*Consejo: que no se diga más nunca que la cultura del país es dirigida desde el gobierno.*” El 29 de abril de 2008, el decreto habilitante 6.042 que liquidaba el CONAC sonó el *consummatum est* para lo que quedaba de democracia cultural venezolana: la Cultura volvía a ser dirigida, ya oficialmente, desde el gobierno. Por voluntad autocrática, ella conforma ahora un Ministerio, no ya de un gobierno democrático sino de un régimen personalista y dictatorial que busca la regimentación de las conciencias y necesita que dicha dependencia, junto a la de Comunicación (donde la política oficial es lograr “una hegemonía comunicacional”) y la de Educación (donde el Gobierno trata desesperadamente de pasar una ley que suprima las autonomías universitarias) afinen y difundan orgánicamente el pensamiento único oficial, la doctrina chavista del “socialismo del siglo XXI”. La exposición de motivos del citado decreto es digna de aquel estalinismo hace poco recordado que iba borrando de las fotos oficiales, una tras otra, la imagen de los jefes que caían en desgracia. El CONAC, se afirma allí, era “*un relicto legal carente de todo sentido... concebido para la domesticación de la vanguardia artística... con base en... gastados preceptos elitistas que desde una visión eurocéntrica identificaban Cultura con Bellas Artes...*”.

¿Qué distancia media entre democracia y totalitarismo culturales? A comienzos de los 90, valga este solo ejemplo, un grupo de personas vinculadas al Proyecto Ratelvé y sensibilizadas en la materia fundamos un *Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público* que luchó duramente ante el entonces Tribunal de Salvaguarda contra la privatización del *Canal 5* y de la *CANTV*, la compañía telefónica histórica nacional, y por la conversión de los medios gubernamentales en radiotelevisión

de servicio público, independiente y des-gubernamentalizada. Durante tres años, y sabiendo perfectamente que usábamos un dinero público para disentar con vigor de la política comunicacional del gobierno, el democrático CONAC nos aseguró un modesto aporte anual sin poner condiciones de ningún tipo. El régimen actual ha estatuizado, potenciado y cerrado totalmente a la oposición el sistema mediático “público”, suprimido en él el último rasgo de pluralismo, y entregado su rejilla programática a la voluntad absoluta del Presidente de la República, que nombra personalmente los directores de cada una de las numerosas emisoras. En 2008, desconfiando hasta de sus inmediatos colaboradores y mediante un *Plan de Estrategia Comunicacional*, el mismo Presidente suprimió todas las oficinas de prensa del gobierno menos la de Miraflores, tras haber contratado la instalación de las emisoras comunitarias de radio y televisión, unas 550, a la cubana COPEXTEL dirigida por el exjefe de la policía política de la isla Ramiro Valdés, la cual asegura al régimen la correcta instalación del equipo y de la ideología de uso.

Hay razones para no ser pesimistas.

Durante el gobierno del general Marcos Pérez Jiménez (1950-1958) todos los medios nacionales se adaptaron a convivir con la dictadura, anteponiendo el interés comercial al político. En la presente autocracia algunos de esos mismos medios han tomado la valiente decisión de anteponer el interés político nacional a la propia razón comercial, pagándolo a veces al precio más alto, lo que el país le reconocerá. Es principalmente a través de esos medios (una parte sustantiva de la mejor prensa nacional, un porcentaje aún relevante de emisoras radiales, la televisora *Globovisión* de Caracas y otras locales del interior del país, todos bajo el acoso incesante del Gobierno, y en muchos casos ya reducidos a alguna forma de autocensura) como la parte democrática de la opinión pública venezolana nacional puede mantener en vida, entre dificultades, un discurso anti-totalitario y una esperanza de resurrección.

¿Prioridades del intelectual en un país cuyo Presidente, en menos de doce años, lleva 3.750 horas hablando por radiotelevisión mediante más de 2.000 “cadenas” obligatorias para todos los medios, al promedio de 56 minutos diarios? Al obse-

sivo, omnipresente, tedioso, agresivo y monocorde discurso hegemónico que baja desde el poder, el intelectual debe oponer –en toda la medida de sus posibilidades y haciendo uso inteligente de los nuevos canales de comunicación– la brevedad de alta significación, la pertinencia sin divagaciones, el tolerante pluralismo y la apología de la concordia. La inteligencia nacional también debe asegurar en permanencia el análisis cualitativo y multidisciplinario –semiológico, psicoanalítico, sociosocial e histórico-cultural– de la voz del amo y de sus mensajes, que permitan racionalizar lo irracional y oponer resistencias puntuales. Es una tarea urgente que nadie, por el momento, pareciera haber emprendido.

ANTONIO PASQUALI

Profesor Titular de la Universidad Central de Venezuela(UCV). Fundador del Ininco de la Facultad de Humanidades y Educación d e la UCV. Fue representante de la Unesco e investigador de la comunicación.

Nota: Texto que aparecerá en el libro, próximo a publicarse en España, *Comunicación mundo, cabos sueltos.*



Visite nuestra página en internet

www.gumilla.org



BUZONES CORREO ELECTRÓNICO

REDACCION SIC / sic@gumilla.org

REDACCION COMUNICACION / comunicacion@gumilla.org

UNIDAD DE DOCUMENTACIÓN / documentacion@gumilla.org

ADMINISTRACION / administracion@gumilla.org